GLOBALIZACIÓN: MODERNIZACIÓN Y DESARROLLO

**Reto democrático y globalismo
modernizador: Estados Unidos y
América Latina o de la inutilidad del espejo***

José Luis Valdés Ugalde•

“La decadencia Romana empezó cuando la inmen-
sidad del imperio hizo a la República imposible”.

Montesquieu

“La historia es la ironía en marcha”

E. M. Cioran

Introducción

Una sociedad moderna tiene en la democracia su punto de referencia máspreciado —y más precario— para preservar las bases de su desarrollo. Es decir, su reto histórico es afianzar y perfeccionar su sistema de representación democrática para optar por el progreso económico y la justicia social. La transformación democrática de cualquier nación —que dentro del contexto histórico mundial

* A la memoria del Dr. José Isaac Ugalde.

• Investigador del Centro de Investigaciones Sobre América del Norte (CISAN), UNAM.

no tiene exploradas las bases de la democracia moderna— es sin duda un proceso largo, lento y en algunos casos costoso. Asimismo, es un proceso que atañe a los países que de una u otra manera han conocido un grado de modernidad suficiente como para plantearse metas superiores de corto y de largo aliento.

Los conocidos como países desarrollados no son la excepción de este planteamiento. En particular, Estados Unidos, que era considerado por Gertrude Stein como “la nación más vieja del mundo por ser la primera nación moderna”,¹ es el país desarrollado moderno que más atención e interés ha puesto en los procesos políticos y sociales de América Latina desde 1899, año en que Cuba se independiza de España. A la luz de las experiencias que Estados Unidos ha tenido en los últimos 40 años cabría preguntarse hasta qué punto Washington, en el presente proceso de globalización pronunciado que está viviendo el mundo —y en cuyo contexto el problema del orden, la estabilidad y la justicia son hoy realidades precarias—, considera el proceso hacia la democracia como un problema ligado al del desarrollo y por ende al de la modernidad ascendente que está impulsando las relaciones entre naciones y entre bloques de naciones.

Mejor dicho, ¿es posible decir que Washington esté seriamente interesado hoy en la democracia en América Latina —como lo está en el desarrollo económico— cuando es claro que la tendencia de su proyecto macroeconómico histórico ha estado intrínsecamente asociado con los factores y los actores que han impulsado movimientos tendientes a detener, y en otros casos a anular, procesos sociales de cambio que aspiraban al perfeccionamiento democrático de sus sistemas políticos como un objetivo de la más alta importancia? Esto es relevante porque se podría presentar el caso de una incompatibilidad entre proyecto democrático y proyecto económico aperturista: podrán darse más formas democráticas pero una democracia que signifique *algo* depende de la elaboración de políticas concretas que impulsen en lo político, así como lo hacen en lo económico, una auténtica modernidad globalizadora. De aquí que la polarización social y concentración de poder y de riqueza, igual a mayor marginación, sea un punto importante en la discu-

¹ Tomado de Cordera, Rolando y Carlos Fuentes (entrevista con Gertrude Stein). *Nexos*, núm. 175, Julio de 1992, p. 34.

sión (Haití, El Salvador, Colombia, Venezuela y México entre otros casos podrían ejemplificar esta idea), todo lo cual pudiera estar desafiando al proyecto neoliberal que se aplica en muchas naciones del continente y que Washington promueve y apoya abiertamente, a la par —y contradictoriamente— que la democracia, desde hace más de tres decenios. En esta línea —y ya se demuestra hoy en Haití y en El Salvador—, aun si hubiera votos sin fraude —o sin autoritarismo—, esto no sería necesariamente democracia. No se digan aquellos casos en los que los procesos constitucionales se cancelan en nombre de un principio tan vago pero tan elocuente como el de la seguridad nacional.

El presente incierto, lo universal y lo simbólico: o de cómo la modernidad se vuelve antigüedad precaria

¿Cómo es que, en el contexto de este ensayo, la sociedad democrática (ya constituida, ya en ciernes) se ve opuesta por una política de dominación supranacional? ¿Cómo lo que fue habría cambiado a partir de las drásticas permutas que el tejido social, pero sobre todo las realidades políticas, experimentan en el mundo después de la caída del muro de Berlín?² ¿Por qué hoy lo moderno es un viejo tema del pasado que se vuelve un tema inexcusable del futuro? ¿Cómo vivirá la democracia en América Latina su tiempo futuro a partir de estas realidades? ¿Está condenada a vivir dentro de un tiempo incierto?

Más allá de las especulaciones abstractas —pues se infiere que el problema de la democracia o el del orden mundial son algo más que una conjetura— este tema nos tendría que llevar sobre todo a plantear una manera en que intelectualmente abramos los espacios a los cuales la historia nos arroja: la multiplicación (universalidad) de nuevas —y no tan nuevas— identidades como resultado del colapso que sufren los lugares y sus tiempos desde los que antes sus actores hablaban un lenguaje, podríamos decir, universal,

² Para explorar más a fondo el antecedente del fin de guerra fría en América Latina, ver LaFeber, Walter. *America, Russia and the Cold War*, New York, Alfred A. Knopf, 1985. Sobre el comienzo del fin de la Guerra Fría y Estados Unidos a partir de la caída del Muro de Berlín véase Lewis Gaddis, John. *The United States and the End of the Cold War*, Oxford University Press, 1992.

si no es que totalizador. Hoy este lenguaje adquiere en su aparente parcelación un tono ominosamente unipolar que vuelve más-vigente la pregunta de si la historia estaría confinada a ser un ¿proceso sin sujeto? Y en este caso estaríamos hablando de la historia que Walter Benjamin veía como un ángel expulsado hacia atrás rumbo al futuro: el ángel que quiere regresar para reparar lo dañado es detenido por una tormenta que lo expulsa del paraíso. Se trata de la tormenta del progreso.³

Si atendemos a esta figura literaria habremos de referirnos en este caso a la larga historia de disputa entre dos conceptos de progreso y dos maneras de ejercer el poder —pretendidamente modernizador en su expectante racionalización simbólica—⁴ frente a

³ Ver Lunn, Eugene. *Marxism and Modernism. An historical study of Lukacs, Brecht, Benjamin and Adorno*, Berkeley, University of California Press, 1982, Cap VII.

⁴ Aunque no me referiré en este trabajo al problema del poder simbólico, sí estimo que valen la pena algunas observaciones al respecto. Bourdieu afirma que “el poder simbólico es un poder para construir la realidad y el cual tiende a establecer un orden gnoseológico [...] La subversión herética explota la posibilidad de cambiar el mundo social cambiando la representación de este mundo lo cual contribuye a su realidad o, más precisamente, contraponiendo una *pre-visión paradójica*, una utopía, un proyecto o un programa, a la visión ordinaria la cual aprehende el mundo social como un mundo natural... la pre-visión política, es en sí misma una pre-dicción la cual aspira a producir lo que profiere. Esto contribuye prácticamente a la realidad de lo que anuncia por el hecho de que lo profiere, lo pre-dice, y lo hace pre-decible, lo hace concebible y sobre todo creíble y por tanto crea la representación colectiva y voluntad que contribuye a su producción”. [Así] “muchos ‘debates intelectuales’ son menos ilusorios de lo que se ven si uno es consciente del grado en que uno puede modificar la realidad social modificando los agentes de representación de ésta”. Bourdieu, Pierre, *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Polity Press, 1991, pp. 127-8 (traducción del autor).

Esta paradoja es significativa por lo mucho que ilumina aquí lo muy complejo que es discernir la realidad, especialmente cuando están envueltos principios económicos, políticos, estratégicos y morales. Además, llevando a cabo esto, se está poniendo a consideración la *validez de la realidad* tal y como la conocemos cuando hablamos sobre las repercusiones internacionales del dominio estadounidense sobre los asuntos latinoamericanos. En esta área de estudio en particular la sobre-estimación, la pre-concepción y las falsas interpretaciones de los sucesos (mejor dicho la construcción falsa de lo que en realidad sucede) efectuados por Washington han sido parte de la invención de un *cierto* orden en el escenario Interamericano, el cual aparentemente responde más a necesidades geopolíticas que a la sucesión de auténticos sucesos locales. En esta línea, el poder de Estados Unidos tiene una importancia doble: éste crea condiciones materiales de hegemonía valiéndose de instrumentos morales e ideológicos para imponerla. El reclamo generalizado de que la política exterior de Estados Unidos ha sido desde su comienzo fundamentalmente imperialista podría parecer una perogrullada. No obstante lo polémico que el término pueda parecer en el debate

realidades y tiempos en los que los dos grandes ex actores se disputaron la razón histórica. La antigua URSS y Estados Unidos fueron, en efecto, impulsores sobresalientes de ideas diversas que permearon los múltiples proyectos que antecedieron los procesos de cambio que hubo en el continente latinoamericano desde la segunda posguerra.⁵ La presencia de estas dos potencias sustenta dicotómicamente lo que vendría a ser la proliferación de movimientos sociales que gradualmente irían modificando la conformación socio-política de Latinoamérica. Ésta es una modificación simbólica frente a una realidad no siempre contemplada como “verdadera”. Más aún, la ordenación de las fuerzas y la configuración de los actores y los escenarios son definidos como reales en tanto que son parte de lo que yo llamaría dicotomía simbólica: las dos potencias actúan frente a realidades opuestas y superpuestas que en esencia no son más que el manejo contradictorio de imágenes que pretenden imponerse a la realidad actuante que se debate entre ser parte de la historia como “ironía en marcha”⁶ o como un fenómeno de cambio permanente.

de hoy, no hay quizá otra región en el mundo, tal y como lo es América Latina, en donde esto esté cerca de ser exacto. Uno de los principales problemas de la política exterior de Estados Unidos parece ser el de su legitimidad y el de su “buena voluntad”, en tanto que los contenidos retóricos así como su estrategia fueron calculados en el marco del lanzamiento de una política expansionista. ¿Representa ésto una contradicción en sí misma? Si es cierto, uno se podría preguntar si esta contradicción es víctima de la construcción de una realidad que es en sí misma falsa y por tanto ésto es lo que convierte los medios utilizados —cualesquiera— para obtener ciertos objetivos en cuestionables. ¿Sería entonces correcto decir que los principios de la política estratégica y la política latinoamericana de Washington en el continente, tal y como los conocemos, son falsos porque están fundados sobre una interpretación deliberadamente falaz de la realidad latinoamericana, de aquí los probables errores de diagnóstico que se proveen sobre la naturaleza de los problemas y de las necesidades de la región? En otras palabras, ¿sería verdad que lo que ha estado detrás de las políticas de Estados Unidos, *más que la explicación de los factores básicos (reales) de cualquiera de las etapas de las crisis latinoamericanas*, es un discurso cuya meta principal es defender los intereses estratégicos estadounidenses en la región y por tanto justificar su cumplimiento por cualquier medio? Por último, si esta idea es sustentable en los hechos ¿se podría argumentar que el espectro estadounidense de la región es un caso raro de una caricatura auto-creada que ha dado a Estados Unidos una explicación racional para existir como actor dominante y único en los asuntos Interamericanos?

⁵ Ver Etheredge, Lloyd S. *Can Governments Learn? American Foreign Policy and Central American Revolutions*, Oxford, Pergamon Press, 1985. La Feber, Walter. *Op. cit.*

⁶ Cioran, E.M. “Apología del Excéptico. Una entrevista con Silvie Jaudeau”, *La Jornada Semanal*, México, D.F., 21 de julio de 1991.

Hoy, el tránsito hacia el fin de la guerra fría tiene en Washington la escala primordial y el monopolio del discurso unipolar que conlleva al reordenamiento global. Este tránsito, así como los activos resultantes del reordenamiento, pertenece notablemente a Estados Unidos, siendo este país el que delimita unilateralmente todavía el sistema de inclusiones y exclusiones. Ahora, la hegemonía adquiere su forma más definida en una globalización que es tal en tanto que atiende a la uniformación pronunciada de discursos, escenarios y actores, y es esta uniformidad la eventual responsable del fin de la multiplicidad. Y quizá, habría que augurarle, el fin de la pluralidad que por civilizadora tendría que ser, en último análisis, modernizadora.

En este contexto valdría la pena efectuar una escala técnica y preguntarnos si la proliferación fue pensable sólo como *proliferación*, es decir ¿sólo en términos de su multiplicidad? O para poner el problema en sus términos más simples: ¿el particularismo es o fue pensable sólo como particularismo, sólo afuera de la dimensión diferencial que lo afirma? ¿Las relaciones entre universalismo y particularismo son simples relaciones de exclusión mutua? O si deseamos abordar el asunto desde el ángulo opuesto: ¿la alternativa entre un “objetivismo esencialista” y un “subjetivismo trascendental” agota la extensión de los juegos del lenguaje y del conocimiento que nos permiten jugar con lo “universal”? No sería ocioso, con objeto de nutrir esta propuesta, que consideráramos las formas históricas en que la relación entre universalidad y particularidad ha sido pensada. Una primera observación subraya: a) que hay una línea divisoria no contaminada entre lo universal y lo particular; y b) que el extremo de lo universal es enteramente comprensible por la razón. En el primer caso no hay mediación posible entre universalidad y particularidad: lo particular sólo *corrompe* lo universal. O bien, lo particular comprende en sí mismo lo universal (se elimina a sí mismo como particular y se transforma en un médium transparente a través del cual la universalidad opera, o niega lo universal al reafirmar su particularismo; pero dado que esto último es puramente irracional y no tiene entidad propia puede sólo existir como corrupción del ser). La pregunta obvia se refiere a la frontera que divide universalidad de particularidad: ¿es universal o particular? Si es ésta última, la universalidad sólo puede ser una particularidad que se define a sí misma en términos de una exclusión ilimitada. Si se trata de la primera, lo particular en sí

mismo se vuelve parte de lo universal y la línea divisoria es de nuevo oscurecida. Pero la mera posibilidad de plantear esta última pregunta requeriría que la *forma* de universalidad como tal y los *contenidos* reales a los que es asociada estuvieran sujetos a una clara diferenciación.⁷ Estos contenidos aquí, presentes en su expresión universal, han sido históricamente oscurecidos en el terreno de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Más aún, su diferenciación fue gradualmente sustituida por el contundente soliloquio y no por el esclarecimiento de los diversos ámbitos por explorar en las relaciones con naciones soberanas. Esto puede explicar, sólo en parte, algunos de los principales factores que en América Latina han hecho posible la construcción, la destrucción e incluso la deconstrucción de la democracia y entre los cuales hay algunos que en su diversidad histórica han estado siempre presentes en la transformación y retraso del continente.

El pasado y el presente: la historia sin fin

Se podría pensar en múltiples casos que ejemplifiquen la dinámica antagónica del proceso de construcción y devastación al que los proyectos democráticos y modernizadores han estado expuestos en América Latina. Más aún, serían paradigmas que pondrían en serios apuros a la “razón domócrata-liberal” para demostrarse como la opción “coherente”, no sólo frente a la vieja amenaza comunista —en la cual obtiene su racionalización histórica más acabada—, sino ahora mismo frente a las trasmutaciones de fin de Guerra Fría, donde el orden mundial por tanto tiempo peleado —y no del todo consumado— podría ser el territorio de disputa poscomunista más encarnizado, violento y desarticulador que hubiera conocido el siglo xx. En esta idea se puede plantear que la constitución de regímenes a la usanza liberal en el continente no arroja resultados alentadores ni en lo que se refiere a la estabili-

⁷ Ver nota 4 al respecto. Sobre el tema se pueden consultar Reiss Hans (ed.), *Kant, Political Writings*, Cambridge University Press, 1991, Introducción. Laclau, Ernesto and Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, London, Verso, London, 1989, capítulos 1 y 2. Laclau, Ernesto, *New Reflections on the Revolutions of Our Time*, London, Verso, 1990, Parte I y II. Laclau, Ernesto, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, London, Verso, 1987, Capítulo 2, The Specificity of Ideology.

dad de los mismos ni en lo que trata a la defensa de las sociedades nacionales —vía la defensa de la “soberanía democratizante” de las naciones— ni tampoco en referencia a la defensa de estos principios frente al interés de Washington. De aquí, en parte, la debilidad de los sistemas políticos y de las élites que los conforman.

En esta sección del ensayo enumeraré sólo los que considero más representativos y que dentro del contexto del orden de posguerra fueron, en América Latina, los casos más críticos, donde aspiración democrática y búsqueda de justicia pasaron a ser deliberadamente confundidos desde fuera y llevados a un extremo tal que provocó su aniquilamiento, al que contribuyeron sin duda tanto factores endógenos como exógenos. Entre 1954, año del derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala, hasta principios de los años noventa cuando los Sandinistas en Nicaragua dejaron el poder como resultado del proceso electoral ocurrido en 1990, Estados Unidos se caracterizó en forma especial por un interés intervencionista en los procesos de cambio de la región.

Por un lado, Eisenhower, cuya política exterior fue interesantemente caracterizada por la altivez de su secretario de Estado John Foster Dulles, optó por convertir el caso guatemalteco en el primer experimento de Guerra Fría. El intento constitucional por medio del cual un sector de la élite guatemalteca optó por apostar a la modernización democrática fue desestabilizado y finalmente disuelto por la ya muy documentada intromisión de la CIA.⁸ Es importante destacar que así como éste era el primer experimento anticomunista de Guerra Fría de Estados Unidos significaba también la primera tentativa política de posguerra con la que se planteaba una transición radical hacia la democracia por la vía constitucional en América Central, una transición hacia la modernidad, misma que fue finalmente considerada una amenaza definitiva para los intereses de Washington y demolida desde sus raíces.

En Cuba, Kennedy hereda la crisis cubana y no tiene otra salida coherente para los intereses del establecimiento estadounidense que intentar repetir la hazaña guatemalteca de Eisenhower. La intentona de invadir Cuba fracasa y, como ya se conoce, el proceso

⁸ Sobre el caso guatemalteco se pueden consultar entre otros los siguientes textos, Schlesinger Stephen y Stephen Kinzer. *Bitter Fruit. The Untold History of the American coup in Guatemala*, New York, Anchor books, 1984. Gleijeses, Piero, *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, New Jersey, Princeton University Press, 1991.

cubano se radicaliza, y se radicaliza también el interminable bloqueo y las acciones hostiles por venir desde Washington.

El caso de Chile es quizá uno de los más dramáticos en el continente por tratarse de un país de vieja tradición democrática y republicana. Es probable que la mención más crítica del drama chileno —en lo que al interés de Washington se refiere—, cuando Salvador Allende llega al poder en 1970, sea la de Kissinger cuando éste se refirió a la transición constitucional hacia un régimen de izquierda en los siguientes términos: “No veo por qué necesitamos quedarnos parados y ver a un país volverse comunista debido a la irresponsabilidad de su propia gente”.⁹

El diseño de política exterior de Reagan ya no contemplaba los riesgos tradicionales confrontados durante el periodo de guerra fría. Sin embargo, el interés por influir en el proceso político de algunos países latinoamericanos prevaleció quizá con una vehemencia comparable a la de las intervenciones de Guerra Fría. Reagan se propone desde el principio de su política antisandinista alterar el proceso nicaraguense con la idea de cubrir cualquier posible flanco débil en un momento en el que el poder estadounidense en el mundo había sido preservado en forma deficiente por la administración Carter. Aparte de todas las razones por las que el gobierno de Reagan es leyenda, se encuentra su afirmación en la que emula a los “contras” con los padres fundadores en Estados Unidos y los elogia en los siguientes términos: “La ayuda a los rebeldes nicaraguenses ha hecho sonreír a nuestra estatua de la libertad [...] debemos creer que su llama brilla con más fuerza y es el apoyo, la esperanza, la inspiración para todos aquellos que sufren la opresión”.¹⁰

La historia congrega a Frankenstein con su creación

John Stuart Mill declaró en su muy famoso ensayo, “Algunas palabras sobre la no-intervención”, lo siguiente:

⁹ Kissinger, Henry. Citado originalmente en Hersh, Seymour M. “Censored Matter in Book about CIA Said You Have Related Chile Activities”, *New York Times*, 11 de septiembre de 1974, p. 14.

¹⁰ Ver Valdés, José Luis y José Alfredo Galván. *La Aprobación del Congreso a la ayuda económica a la “contra” nicaraguense*, Estados Unidos, Perspectiva Latinoamericana, México, CIDE, Agosto de 1986, p. 86.

Un gobierno que necesita apoyo externo para exigir obediencia de sus propios ciudadanos es uno que no debería de existir; y la asistencia dada a éste por extranjeros es difícilmente otra cosa que la simpatía de un despotismo por otro".¹¹

No deja de ser paradójico que el proyecto neoliberal, que hoy domina prácticamente todos los procesos de transformación de las sociedades, las economías y los sistemas políticos de muchas naciones en general y de las latinoamericanas en particular, esté aún sustentado sobre viejas prácticas que antaño —las intervenciones y el fomento, y no el desaliento de las prácticas antidemocráticas en el mundo—, tal y como lo hace Mill, fueron criticadas como conductas incompatibles con el progreso y el desarrollo de los pueblos. Pareciera ser, sin embargo, que entre las realidades de la globalización, éste será un fundamento que prevalecerá para custodiar un equilibrio que si bien fue mal instrumentado desde finales de los años cuarenta, es hoy —en toda su decadencia y precariedad— una realidad elocuente. Es quimérico pensar que el avance económico y el progreso político tal y como son concebidos por el Estado liberal vayan a resultar exitosos sin que este elemento esté presente. Más aún, habría que aceptar que éste será un prerrequisito cada vez más concurrente en la organización de los tiempos que se avecinan.

Una explicación interesante de cómo el orden, tal y como los Estados liberales u occidentales lo conciben e impulsan, ha sido violado por esta misma manera de organizar el mundo, está en un artículo de Peter Gowan en el que demuestra el grado de responsabilidad de los Estados liberales de posguerra en la organización de los conflictos que eventualmente devienen en guerras. Al hacer un análisis sobre la guerra del Golfo Pérsico, Gowan nos dice en sus conclusiones: "... tal orden (el orden que se alteró con la invasión aliada de Kuwait lo cual suponía un mínimo principio de justicia) nunca existió antes de la invasión; en su lugar había injusticia e inequidad, en la cual Occidente —y sobre todo Estados Unidos— tenían una contribución primaria... [así] ... el liberalismo puede exhibir una doble ceguera: hacia las relaciones opresivas que gobiernan las vidas cotidianas reales de la mayoría;

¹¹ Stuart Mill, John. "A Few Words on non-Intervention", en *Dissertation and Discussions*, vol. III, London, Longmans, Green, Reader and Dyer, 1867, p. 172.

y hacia el potencialmente progresivo papel de los movimientos populares por un cambio radical de la fuerza política y de la acción estatal en *modernizar* y transformar las vidas de las gentes".¹²

Así entonces, ¿qué hacer con ese globalismo modernizador al cual la democracia política eventualmente le estorba? ¿Podríamos decir que Estados Unidos ha traicionado los principios fundacionales que le dan al orden democrático liberal su sentido? A manera de conclusión se podría contestar preliminarmente diciendo sencillamente que el largo episodio de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos nos lleva a preguntarnos si la democracia y el liberalismo son dos realidades compatibles tal y como lo indica la teoría clásica al respecto,¹³ incluso en su aparente contradicción empírica. Los casos enumerados anteriormente indican que no. Sin embargo, dado que hablamos de dos elementos teóricamente inseparables es importante, en análisis posteriores, tratar de elaborar finamente los posibles escenarios a los que nos conduciría esta pregunta. Uno de estos escenarios tendría que ser el de la libertad entendida como el sostén principal que engloba el proyecto fundacional del orden de posguerra que hoy en día se confronta ásperamente con las nuevas realidades que éste se empeñó en hacer posible. Si hay algo universal en ésto (el globalismo), éste discute ásperamente desde hace ya algún tiempo con lo particular (modernidad). Más aún, dada su historicidad, estos dos elementos de la realidad mundial, continental y nacional cristalizados en proyectos macroeconómicos de continuidad se convierten, en tanto componentes de un mismo juego, en los detonantes potenciales de la desintegración del proyecto globalizador de posguerra fría y el de la integración modernizadora que se propone para el futuro.

Si fuera cierto que en el caso de las relaciones de Estados Unidos con América Latina, aquel país abandona su propia esencia democrática cuando se trata de defender el interés nacional en el extranjero, bien podríamos con justicia concluir con la siguiente

¹² Gowan, Peter. "The Gulf War, Irak and Western Liberalism", *New Left Review*, núm. 187, 1991, pp. 69-70 (énfasis del autor).

¹³ Sobre ésto Bobbio nos sugiere que "liberalismo y democracia son interdependientes ... la democracia es entonces diferenciada de formas autocráticas tales como la monarquía y la oligarquía". Ver Bobbio, Norberto. *Liberalism and Democracy*, London, Verso, 1990, p. 1.

idea del gran tribuno francés Mirabeu, cuando éste se refirió a los reyes de Francia: “un rey justo creará al menos que el trono está rodeado de escollos y todos los resortes de la fuerza pública se relajarán: un rey ambicioso, descontento del tanto que la Constitución le haya otorgado, será el enemigo de esa Constitución de la que debería ser fiador y guardián”.¹⁴

¿O será posible augurar que algún día Estados Unidos tendrá el coraje republicano de verse en el espejo de su pasado hemisférico y evitar así repetirlo?

¹⁴ Mirabeau. *Discursos en la Asamblea Nacional*, México, Conaculta, 1989, p. 62.